MARTÍN-ESPERANZA, Paloma: *Hispania Restituta. La Antigüedad clásica en el programa político y cultural de los Reyes Católicos: relaciones entre España e Italia*, Madrid, CSIC, 2023, 658 págs. ISBN: 978-84-00-11236-3.

Jaime Elipe Soriano
(Universidad Autónoma de Madrid)

Hispania restituta. Es sin duda un título tan potente como el contenido que alberga esta voluminosa obra, donde, a lo largo de sus más de seiscientas páginas, se intenta valorar el papel que desempeñó la Antigüedad clásica en el reinado de los Reyes Católicos. O dicho al revés, cómo Isabel y Fernando la emplearon en distintos ámbitos para apoyar sus planes políticos por medio de un grupo variopinto de servidores.

Tras el prólogo del profesor Wulff Alonso, lo primero que llama la atención es el amplio elenco de abreviaturas. Aparte de los distintos *corpora* y diccionarios, nada menos que 32 instituciones nacionales y extranjeras aparecen recogidos, lo cual ya es anuncio del trabajo desempeñado para la buena consecución de los objetivos marcados. En la introducción que sigue se explica el desarrollo que ha tenido el estudio de la recepción de la Antigüedad clásica, principalmente en el ámbito germano y se justifica someramente la tripartición de la obra para poder valorar convenientemente esta idea que, a priori, puede parecer un tanto difusa y materializarla.

La obra se divide en tres capítulos que son bastante desiguales entre sí en extensión, que va *in crescendo* (en torno a las 70, 100 y 285 páginas). Esto es debido a que de alguna manera los capítulos son acumulativos. Explicamos este punto. El primero trata sobre el humanismo y la cultura clásica en los círculos próximos a los reyes, base necesaria para saber qué personas hubo involucradas en este proceso y sus líneas de pensamiento y actuación. El segundo trata sobre los conocimientos de la historia antigua en España y, asunto francamente interesante (al menos para quien firma estas páginas) el desarrollo del anticuarismo por parte de los monarcas. Con estos dos pilares fundamentales es posible, ahora sí, dar el salto a cómo se emplearon estos ingredientes en el ámbito político por parte de los Reyes Católicos. Advertencia importante es que empleamos Reyes Católicos en plural, ya que la cronología de este libro trata de su reinado castellano (1474-1504). Esto otorga una visión de conjunto coherente y, como refiere la propia profesora Martín-Esperanza «dejando al margen el reinado en solitario de Fernando, pues consideramos que con la muerte de Isabel se producen cambios coyunturales que afectan a la imagen real y que requieren un estudio independiente y diferente al que nos ocupa» (p. 47). Aunque estamos totalmente de acuerdo con esta apreciación, no deja de ser un problema que arrastra la historiografía en su conjunto sobre los monarcas, donde los últimos doce años de vida del Católico parecen quedar siempre relegados al desván. Confiamos (y animamos) a la autora a que aborde y remate este tema con la satisfacción con la que ha resuelto el reinado conjunto. El primer capítulo lleva por título «Humanismo y cultura clásica en el entorno regio» (págs. 51-125). Para comenzar, aborda las distintas posiciones de las influencias humanísticas en España, donde el denominado «humanismo monárquico» de Alfonso V tuvo especial relevancia. Desde luego no es un tema sencillo por las distintas

corrientes que lo caracterizaron (técnico, espiritual y política/patriótica); parece que podrían situarse tres jalones principales en la recepción de esta poliédrica forma de pensamiento en la península. El primero sería la influencia del Magnánimo y su corte; el segundo, el papa valenciano Calixto III y, en consecuencia, la llegada de españoles a la Ciudad Eterna, fruto de la creación de nuevos cardenales hispanos. Muy sugestiva en este punto es la idea de que a la hora de abrir la primera embajada en Roma, los reyes aprovecharon la urbe como lugar preferente donde desplegar el proyecto propagandístico; quizás condicionado por la ausencia de una capital propia fija. El tercer jalón es previo en el tiempo o más amplio, ya que se refiere al movimiento de los españoles por Europa entrando en contacto con distintos eruditos, ya por acudir a los distintos concilios de comienzos del siglo XV como por otro tipo de viajes, así como los colegiales boloñeses. Todo ello sin desdeñar un asunto francamente curioso, como la influencia helénica en la Corona de Aragón, bien ejemplificada por la protección de Pedro IV a la acrópolis ateniense. Con estos planteamientos generales se parte ya rumbo a explorar los distintos entornos culturales de los que se pudieron valer Isabel y Fernando.

Simplemente los glosaremos. Comienza con el del inquieto arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, en cuya corte se reunieron los intelectuales opuestos a Enrique IV; siguiendo con los herederos de Alfonso de Cartagena, quienes en vez de evitar el pasado romano hispano (en detrimento del gótico, como Cartagena) ahondaron en este. Se salta de reinos para estudiar a los aragoneses y sus vínculos con los italianos retornando a Castilla (lugar preferente durante las páginas del libro) con el linaje Mendoza, encabezado en su momento por el famoso marqués de Santillana y prosiguiendo sus igualmente ilustres epígonos: el Gran Mendoza y el Gran Tendilla. Si de este último es notoria la embajada a Roma –de la que se señalan los distintos lugares de paso–, muy interesante es la colección numismática que acumuló el cardenal. Dedicando espacio en este epígrafe al turbulento cardenal Carvajal, se concluye con fray Hernando de Talavera y su actuación en el espacio áulico. Este entendía que uno de los deberes de la corte era la irradiación del saber humanista, en colaboración de los *primeros espadas* del momento (verbigracia, el mismo Nebrija).

Este primer capítulo continúa atendiendo a la relación personal que pudieron tener los reyes con los clásicos, atendiendo a su formación infantil, poniéndose de manifiesto un mayor influjo en el caso fernandino. Particularmente importante es el análisis de los tapices de la reina, así como los regalos que los monarcas hicieron: el contenido clásico es más que evidente. Remata el apartado los libros isabelinos, si bien, avanzamos, más adelante se presta atención al elemento numismático.

Bajo el título de «Los inicios de la cultura anticuaria en Castilla y Aragón», se abre la segunda columna de la obra (págs. 129-226). El interés por los *vestigia*, las traducciones e imitaciones de los clásicos, colaboraron a que los autores españoles se interesasen por la Hispania clásica como un tema con entidad propia, no como mero tránsito o introducción a sus historias. Estas, no obstante, pasaron por el filtro o censura de los monarcas, lo cual en ocasiones no estuvo exento de problemas (como Alfonso de Palencia e Isabel). Interesante es cómo se recoge el mito hercúleo para dotar de mayor antigüedad a Castilla y justificar su predominio, algo que se contestó desde Aragón con escritos igualmente eruditos pero con escaso éxito; destacable

también el empleo de fuentes arqueológicas por el archivero Pere Miquel Carbonell o las imaginativas fuentes empleadas (por ser totalmente inventadas) de Annio de Viterbo.

Tras estas cuestiones, comienza con la parte central del capítulo: los restos arqueológicos empleados con profusión como medio de comprender el pasado. La Universidad de Salamanca parece que tiene el privilegio de ser la decana en estos asuntos, usando el Comendador Griego medallas y epígrafes como elementos didácticos. Alfonso de Palencia por su parte los empleó para interpretarlos y escribir historia, él mismo visitó *in situ* algunos lugares con vestigios; Carbonell realizó un corpus de inscripciones variadas y Nebrija también visitó lugares arqueológicos con los que conocer, por ejemplo, la metrología romana de forma experimental o la localización exacta de antiguas ciudades. Fundamental fue el papel de los Reyes Católicos como protectores del patrimonio arqueológico, a pesar de haberse creído que esto fue más bien propio de la centuria siguiente. En 1483 los reyes mandaron el establecimiento de una comisión que supervisaría la reparación del acueducto de Segovia. Aún con todo, quizás lo más destacable sea el rescate, por así decirlo, de la importante colección numismática de Isabel, algo que hasta este momento no se había tenido en cuenta y que reviste gran interés pese a estar publicado y tener nada menos que 2.600 piezas, de las cuales buena parte pertenecieron al cardenal Mendoza. Esta colección se fue engrosando con distintos regalos y compras, fue adquirida por Fernando II a la muerte de su esposa y finalmente llegaría a manos de Felipe II. Martín-Esperanza recoge otras colecciones, como la mencionada del cardenal Mendoza, un jardín arqueológico en Barcelona o las de Cisneros. Presta también atención a las de los españoles residentes en Italia, destacando especialmente las del futuro Alejandro VI y el cardenal Carvajal. Concluye el capítulo el interés casi voraz de estos personajes en suelo itálico fomentando una suerte de primitiva arqueología con la que mejorar sus colecciones, casos de algunos *spolia* famosos o la excavación del foso del castillo de Santángelo y la villa de Adriano.

Así se entra en la parte medular del libro, el capítulo tercero, nominado «La Antigüedad clásica en el discurso político», el más extenso de los tres (págs. 229-514). Para poder aprehender el reinado en su conjunto, se vale de las cuatro etapas propuestas por Carrasco Manchado, que son: 1474-1482 y los años de ascenso y consolidación del trono; 1482-1492 y la guerra granadina; 1492-1496 paz y reorganización; finalmente, 1497-1504 guerra en Italia y asuntos sucesorios. Mencionaremos los principales hitos de cada período.

En la primera fase los reyes necesitaban mostrarse tanto como continuadores dinásticos como distanciarse de Enrique IV. Para ello, su legitimidad la basaron en el ejercicio recto del poder, en contra de la tiranía anterior protagonizada por un «rey inútil». Añadieron a esto potentes símbolos como los famosos yugo y flechas, cuya autoría desde luego, no puede atribuirse a Nebrija y cuya simbología parece estar todavía en discusión a día de hoy, con interpretaciones algo ligeras en ocasiones. También se emplearon profecías y augurios variopintos, así como celebraciones (entradas en ciudades, principalmente) que realzaran el poder de los monarcas: Alfonso V de nuevo fue el restaurador de esta moda. Arcos, fieras y el inicio de la imprenta

para estampar obras de interés para los reyes, como la *Crónica abreviada* de Diego de Valera.

En la segunda etapa, presidida por la guerra de Granada, los reyes necesitaban justificar moral e históricamente la larga campaña. Para ello se movilizaron argumentos entre los que destaca la guerra justa aristotélica, así como una barbarización de los nazaríes; por supuesto hizo aparición la pérdida de España y la restitución del «territorio usurpado a los herederos de los godos» (p. 278). Para todo ello, fueron fundamentales la historiografía y geografía clásicas, así como los argumentos jurídicos –incluyendo ingredientes más imaginativos–. Toda una tradición sobre el reinado de Hércules en España fue rescatado o la equiparación de Granada con Troya (o más históricamente, la rivalidad entre Escipión y Aníbal). La conclusión lógica de estas premisas era equiparar la gesta de los Reyes Católicos con las proezas de la Antigüedad y a sus príncipes con el pasado imperial. Así, los protagonistas de la guerra pudieron equipararse a personajes antiguos, como Isabel-Semiramís o el príncipe Juan-Alejandro. No sorprenden por ello los triunfos a la romana dedicados a la conquista que tuvieron lugar en la península y en Roma.

En la tercera fase, la más breve en el tiempo (1492-1496) pertenece a los momentos más dichosos que vivieron los reyes, antes de que comenzasen los famosos cuchillos de dolor que soportó la reina Isabel. Con la *restitutio* nacional se inauguró una *aurea aetas* como la de Augusto, algo ya puesto en funcionamiento en la Florencia medicea poco antes. Muy interesante es cómo se intentaron engarzar dos tradiciones historiográficas distintas y, realmente, antagónicas. Por una parte, la herencia romana y su superioridad clásica estaban fuera de toda duda; por otra, los monarcas eran los continuadores de los godos. Para solucionar esta contradicción, se explotó la primera tradición para poderse desplegar con más facilidad desde Roma hacia el resto del continente ya que era la más aceptable y convincente para los humanistas italianos; si bien se hicieron esfuerzos en señalar los santos y mártires de la Iglesia visigoda al catolicismo. La unidad hispánica también tuvo otros focos importantes de atención, como el hecho de la lengua o la moneda repitiendo o inspirándose en tipos antiguos. Esta unidad territorial no podía obviar las antiguas reclamaciones sobre la Mauritania Tigintana (también Hispania Transfretana) que ponía las bases para una futura expansión o, al menos, dominio militar. Muy intensa en actividad, esta edad de oro también rescató a la emperatriz santa Helena para equipararla con el fervor limosnero de Isabel con las iglesias de los Santos Lugares (ya de tradición antigua, como los aragoneses Pedro IV y Alfonso V). En esta línea, la aparición del *titulus crucis* en las obras de la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén en Roma –aparentemente coincidentes con las nuevas de la toma de Granada– y su restauración fue algo providencial y muy bien explotado por Mendoza (cardenal titular) y Carvajal.

El cuarto y último tramo de la diarquía, aunque el más descorazonador para Isabel y Fernando, supuso el clímax de su poderío conjunto, que era necesario justificar en Europa: para ello, los esfuerzos debían redoblarse en Roma. La edificación del *Tempietto* bramantino da buena cuenta de ello, así como obras de discutible historicidad que ahondaban en los antiquísimos orígenes de los reyes. La fatídica muerte del príncipe don Juan trajo una oportunidad pareja con la que exaltar la dinastía y facilitar que los aliados se pudieran sumar a las condolencias; también se rescataron numerosos

ejemplos antiguos a forma de consolación y encuadrar la tragedia en una normalidad histórica. A los momentos depresivos nacionales se contrapusieron las victorias resonantes en Italia dirigidas por el Gran Capitán, lo que se explotó en tono épico. Por supuesto que se lo comparó con los generales antiguos (Escipión) pero también recibió (supuestamente) la Rosa de Oro y un triunfo en Roma. El desenlace de este período fueron las exequias por el óbito de esta nueva santa Helena hispana en noviembre de 1504. A diferencia de los funerales castellanos, en Roma y Nápoles estos fueron espectaculares con distintos monumentos y discursos.

El libro finaliza con las necesarias conclusiones con las que remachar todo lo expuesto largamente en las páginas previas, muy sintéticas y certeras (págs. 517-533). Tras ello, el vastísimo elenco de fuentes y bibliografía (págs. 537-658). Queda señalar algún aspecto, a nuestro entender, que dificulta la lectura. Nos referimos a la forma de citación que impone la editorial, nada lógica en el mundo de las humanidades que obliga a revisar las más de cien páginas finales de bibliografía o perder el hilo por una lectura torpedeada con notas insertas en la caja del texto. En ocasiones, estas notas entre paréntesis ocupan hasta cuatro líneas (un ejemplo, en págs. 76-77).

Hispania restituta es un muy buen libro de historia que aúna un número amplísimo de cuestiones culturales bajo una misma óptica y consigue dar una visión de conjunto sobre el empleo de la Antigüedad por los Reyes Católicos. Quizás esto mismo lo haga tan voluminoso, algo que no valoramos negativamente (máxime en la cultura del *tweet* en la que [sobre]vivimos) pero sí podrían haberse aligerado algunas secciones. La autora ha desplegado un esfuerzo muy importante en la consecución de sus objetivos, tarea nada fácil por la dispersión de asuntos en una cuestión, en apariencia, un tanto etérea. Sin embargo, lo logra. Esperemos que como promete (o así lo queremos entender) en la última página, continúe con el reinado en solitario de Fernando II e incida más en unos aragoneses (*sensu lato*) que están presentes en muchas partes de la obra pero en pocas ocasiones se explicitan, quizás, por falta de investigaciones al respecto.